

COPENHAGUE Y EL CAMBIO CLIMÁTICO

David Villena Saldaña¹

El cambio climático es una cuestión de hecho. De los trece años más calientes de los que se tenga registro, doce han ocurrido desde 1995. La evidencia sugiere concluir que la causa es humana. En efecto, los especialistas atribuyen este calentamiento a la desmedida emisión de gases de efecto invernadero, tales como el dióxido de carbono (CO₂), el metano (CH₄) y el óxido nítrico (N₂O), lo que se da, sobre todo, en la quema de combustibles fósiles, así como en la deforestación y el tratamiento de basura.

La temperatura de la Tierra ha subido 0.76 °C desde 1850. Las consecuencias de este abrupto cambio son ya observables, y, en buena medida, también irreversibles. Es de prever, por ejemplo, que el deshielo progresivo de los glaciares andinos tenga como consecuencia, por un lado, masivos desbordes fluviales, y, por otro, la total escasez de agua en la costa. Asimismo, la desaparición del hielo en Groenlandia y las regiones polares traerá consigo el aumento del nivel del mar, y, con ello, la virtual desaparición de numerosas islas, como las Maldivas y Mauricio, y zonas costeras, como Bangladesh u Holanda.

Una catástrofe civilizatoria tendría lugar si la temperatura supera los 2° C en comparación con la de 1850, es decir, si se alcanza 1.24 °C más que hoy. Se proyecta que, de no mediar decisiones efectivas de parte de la comunidad internacional, habrá un aumento de 1.8 a 4° C este siglo – y, en el peor de los escenarios de 6.4° C. El Protocolo de Kyoto, adoptado en 1997, y puesto en vigor en 2005, constituye un hito en la empresa de revertir esta tendencia. Propone, específicamente, que los países industrializados reduzcan en 5 % sus emisiones de gases de efecto invernadero hacia el año 2012 – Estados Unidos, responsable del 20 % de emisiones a nivel mundial, no ratificó el tratado.

La decimoquinta Conferencia de las Partes de la Convención de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (COP15) celebrada en Copenhague del 7 al 18 de diciembre de 2009 tuvo como propósito arribar a un acuerdo que reemplace al de Kyoto una vez culminadas sus atribuciones en 2012. Se trataba, a diferencia de éste, de sentar compromisos que involucren a Estados Unidos y los países en desarrollo, entre los que figuran emisores de CO₂ tan grandes como China, India y Brasil. El pacto debía ser global e irrestricto. “Sellemos el trato” (*seal the deal*), rezaba el eslogan de la COP15. Pues la cuestión era urgente y las expectativas

¹ Filósofo docente de la UNMSM.

marcadamente optimistas – por no decir del todo ambiciosas. Para muchos, sin embargo, el resultado fue un fiasco.

La desconfianza entre países industrializados y en vías de desarrollo impidió firmar un documento de carácter vinculante. Se tomó nota tan sólo de un acuerdo de dos páginas y media propuesto por Estados Unidos y secundado por naciones como China, Brasil, India y Sudáfrica. El Acuerdo de Copenhague, como se le ha venido a designar, tiene una impronta más política que legal. En éste, se habla de la voluntad de sus partes por mitigar el cambio climático, la misma que les hace asumir el compromiso de reducir sus emisiones de gases de efecto invernadero de tal modo que no se supere en 2ª C la temperatura del planeta en relación con 1850. Las medidas a tomarse para ello quedan a discreción de cada una de las partes, quienes, no obstante, luego de hacerlas públicas deberán someterse al escrutinio internacional.

Ha habido condescendencia frente a los más necesitados del tercer mundo, tal vez como reparación por no haberlos incluido en las rondas privadas de negociación. En este sentido, al notar que el límite exigido por las pequeñas islas estado es de un aumento de temperatura menor a 1.5ª C, el Acuerdo sostiene que se revisará el tope en 2015. Se habla, además, de apoyar a los países en desarrollo con treinta mil millones de dólares entre 2010 y 2012, y con cien mil millones hacia 2020. Pero no se especifica cómo. Queda en duda también si países que se opusieron al Acuerdo como Costa Rica, Venezuela y Bolivia, recibirán ayuda en su lucha contra el cambio climático.

El Acuerdo ha sido criticado tanto por países en vías de desarrollo como por algunos europeos al ser producto de la negociación aislada entre veinticinco estados y no de las reuniones oficiales de la COP15. Resulta sintomático que dos días antes del término de la Conferencia, cuando se avizoraba este fin, haya renunciado la Presidenta de la Comisión Organizadora, Connie Hedegaard, también Ministra de Ambiente de Dinamarca. Otro indicador del fracaso y descrédito en que cayó Copenhague es que poco después Yvo de Boer, jefe de la Convención Marco de las Naciones Unidas para el Cambio Climático (CMNUCC), haya presentado su renuncia oficial al cargo. Precisamente, cuando se esperaba que los estados que dieron su conformidad al Acuerdo hicieran conocer sus propuestas individuales para reducir la emisión de gases de efecto invernadero. Éstas parecen no haber resultado muy alentadoras a de Boer. Hoy pocas esperanzas se ciernen sobre la COP16 que tendrá lugar en Cancún durante el próximo mes de diciembre.

Hay quienes dicen que, dado el contexto de recesión global, era ilusorio pretender alcanzar un acuerdo vinculante en desmedro de la economía. Este, sin duda, es

un argumento falaz. Pues dejar que todo fluya como hasta hoy, además de hacer incierto el futuro en términos de supervivencia, ocasionaría que el PBI mundial decrezca en 20 %. Para evitar una y otra cosa tendría que invertirse apenas el 1% del PBI mundial. Los recursos y la tecnología están disponibles. Hace falta únicamente la voluntad política y una visión a futuro desprovista de intereses inmediatos.

El mérito del Acuerdo de Copenhague, si alguno, es que sus propugnadores representan alrededor del 60 % de las emisiones de gases de efecto invernadero. Contar con su voluntad expresa, aunque ambigua en detalles, por reducir las emisiones es un gran avance en relación con el Protocolo de Kyoto. La COP15 no culminó en un acuerdo vinculante, pero se le debe agradecer que, a causa de la atención mediática que atrajo, el cambio climático haya llegado a convertirse en una preocupación generalizada y no sólo restringida a los tomadores de decisiones y políticos.